

La Coruña de mi adolescencia

Recuerdos de la Segunda República Española

JAVIER ALVAJAR LÓPEZ*

No quiero ser yo el que inicie este trabajo, porque los lectores que me conocen saben muy bien que siempre he sido partidario de una República Federal para España y tengo el justificado temor de no ser justo en mis apreciaciones si explico lo que representó para los españoles la proclamación de la Segunda República Española. Dejo, pues, que sea un historiador el que hable de aquel acontecimiento y no elegí a ninguno de los que se llaman a sí mismos historiadores y que vivieron en España durante la dictadura del General Franco, porque no me ofrecen confianza alguna. Luego explicaré el por qué.

Elegí a Víctor Alba que escribió una excelente Historia de las Repúblicas Españolas que enseguida se agotó y luego una Historia de la Segunda República Española en la que dice lo que sigue:

"A media tarde, las calles de toda España ven correr a las multitudes con banderas republicanas salidas nadie sabe de dónde; los tranvías llenos, los taxis llenos, los coches llenos. De los estancos desaparece la bandera monárquica; de los centros oficiales, la corona de encima del escudo. Algunos militares se echan a la calle con banderas tricolores. La muchedumbre canta la Marsellesa, porque ignora el himno de la República (el Himno de Riego). Quien ha presenciado estos momentos de júbilo, conserva de ellos un recuerdo emocionado. La ingenuidad de la gente que lo cree todo arreglado con la marcha del rey, resulta conmovedora. Los paisanos, los policías y los militares se abrazaban idílicamente. Los taberneros pagan rondas a la gente. Las tiendas y fábricas cierran. Las sirenas sueñan sin cesar."

Y unas páginas más adelante, dice:

"En 1873 Figueras afirmó delante del parlamento entusiasta: Un pueblo capaz de realizar una profunda transformación sin el más leve desorden, demuestra que es un pueblo apto para la libertad. Ahora, en 1931, Alcalá Zamora ha dicho ante el micrófono: El mundo entero admirará a España.

España ha hecho lo que ni Inglaterra, ni los Estados Unidos, ni Francia, ni México, ni Rusia lograron llevar a cabo: una revolución pacífica". A partir del mismo 14 de abril de 1931, el pueblo español comienza a pagar el precio de ser una excepción gloriosa.

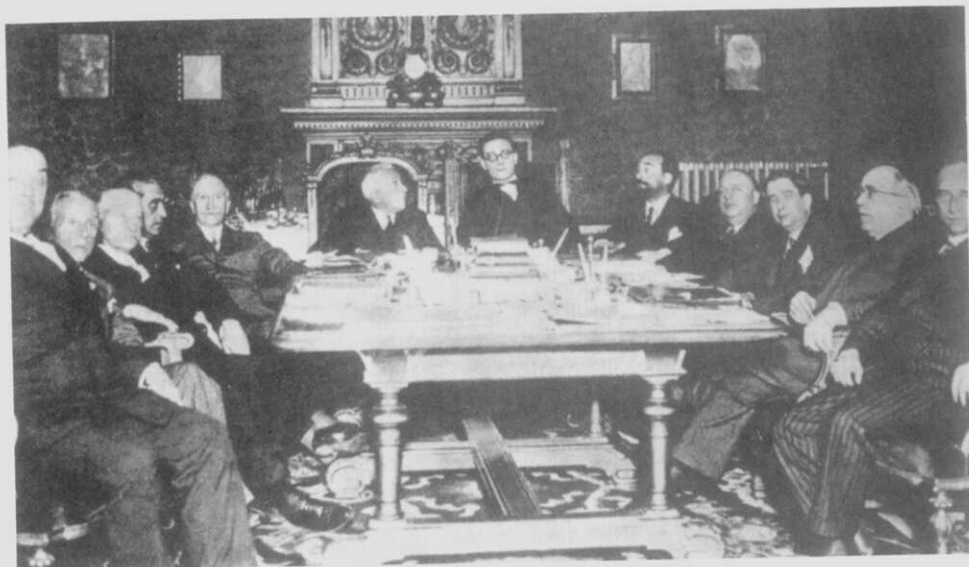
Hasta aquí habla Víctor Alba. Ahora me toca explicar por qué no me fio de los historiadores españoles.

Hace unos meses oí y ví, puesto que se trataba de un debate televisivo, al Sr. de la Cierva tomarle el pelo, por no decirlo de otra manera, a los millones de españoles que seguíamos ese debate, cuando afirmó que él y su familia habían tenido que exilarse en el momento en que se proclamó la República en España.

La República no persiguió a nadie, ni obligó a exilarse más que a la familia real, y a ésta con toda clase de miramientos. Lo que en realidad debía decir el Sr. de la Cierva era que su padre adelantó el veraneo y que llevó a su familia a pasar unos días a Biarritz.

Como ejemplo de que lo que digo es la pura verdad está la figura del Conde de Romanones, que no sólo no se fue, sino que tuvo el valor de presentarse a

* Javier Alvarjar López fue delegado del "Consello de Galiza" en Europa, secretario del Ministerio de Información, Propaganda y Archivos del Gobierno Republicano Español en el exilio, ... y Alcalde de Carral.



El Comité Revolucionario se constituye en Gobierno Provisional (1931).

las elecciones a Cortes Constituyentes como monárquico. Debo añadir que fue elegido y que era en las Cortes Republicanas el único electo con tal etiqueta.

Otro ejemplo lo dio el General de Aviación y Gentilhombre de Cámara del Rey, Don Emilio Herrera y Linares.

A don Emilio lo conocí y traté mucho cuando era Ministro de Asuntos Militares en el Gobierno de la República en el Exilio, que presidía don Félix Gordón Ordás. Yo era Secretario, sin Ministro, desde el fallecimiento del titular, don Salvador Etcheverría, y me ocupaba de los asuntos del Ministerio de Propaganda hasta que dimitió Don Félix, es decir, varios años, y el General venía todos los días a última hora de la mañana a verme y a descansar un poco en un sillón muy cómodo que había en mi despacho. Hablaba él y yo le escuchaba complacido e interesado porque era tan sabio como sencillo. Un día me dijo que él era republicano porque así se lo había ordenado el rey. Y me contó que había visitado al monarca en su exilio, dispuesto a quedarse en el extranjero y que el rey le había dicho que como militar debía volver a Es-

paña y servir fielmente al régimen que el pueblo se diera pacíficamente. Así lo hizo y llegó a ser Presidente del Gobierno Republicano en el Exilio. Escribía unas hermosas cartas dirigidas a los Generales, Jefes y Oficiales del Ejército del General Franco. Las conservo en mis archivos.

Antes de pasar a contar mi vida en los años que transcurrieron desde la proclamación de la República hasta que comenzó la Guerra Civil quiero contar lo que me relató muchas veces Julián Gorkin, que estaba exilado en París el 14 de Abril de 1931 y que se reunía en un café de Montparnasse con otros exilados españoles, entre ellos el General Queipo de Llano, que había volado sobre Madrid en un avión pilotado por Ramón Franco arrojando octavillas contra la Monarquía y el Rey.

Los acontecimientos de aquellos días les alegraron porque significaban para ellos el fin del exilio y se enzarzaron en una discusión Queipo de Llano y Gorkin porque el primero era partidario de una República conservadora y para Gorkin no había nada que conservar en España y si la República no era progresista en lo

social, económico y político, él la combatiría. El General, simplemente, se limitó a decirle: "No olvide usted, Gorkin, que a partir de este momento tendremos los fusiles".

Luego y a través de los periódicos y libros me fui enterando de por qué el pueblo español estaba en contra de la Monarquía. De cómo surgió la Dictadura del General Primo de Rivera con la complicidad real para evitar que se terminara el expediente que se incoaba para determinar la responsabilidad del rey, que al parecer era mucha, en los desastres sufridos por el ejército español en la Guerra de Marruecos. Presidía la comisión encargada de redactar el expediente el General Picasso.

Don Miguel Primo de Rivera, advertido por unos compañeros de armas de lo poco serio que era Alfonso XIII, inventó un nuevo verbo a añadir al idioma castellano, al contestarles: "No os preocupeis, porque a mí ese no me borbonea".

Se equivocó el General, porque fue borboneado y tan bien borboneado que terminó sus días exilado en París donde murió en la habitación del hotel en que vivía. Esto explica el por qué del odio que siempre sintió su hijo, José Antonio, por la Monarquía.

En La Coruña, ciudad en la que los republicanos triunfaban casi siempre en las elecciones municipales (lo mismo ocurría en Valencia) la proclamación de la República fue todo un acontecimiento celebrado por la inmensa mayoría de la población. Hubo personas que se pusieron enfermas con la emoción, como le ocurrió a mi padre al que quiso enviar a casa el Doctor Hervada ante el temor de que sufriera un infarto. Y el que luego fue mi profesor de francés en el Instituto, a todos los que tropezaba les decía emocionado: "Le jour de gloire est arrivé". El día de gloria ha llegado.

Pero es hora de que empiece a contar mi vida.

Al año siguiente, es decir, en 1932 ingresé en el Instituto Da Guarda con el fin de estudiar bachillerato, no sin antes pasar por las escuelas del mismo nombre y por la clase de D. Joaquín Respino, adonde me envió mi abuela para que D. Joaquín comprobase que estaba bien preparado (mi abuela era maestra ya retirada y tenía una gran amistad con Respino, hasta el punto de que cuando se murió en 1935 dejó como albacea testamentario a D. Joaquín).

Ingresé, pues, con los nuevos planes de estudios de la República que abrían las puertas de la Enseñanza Media a todas las clases sociales. Prueba de ello es el hecho de que éramos más de cien alumnos los que estudiábamos primero de bachillerato mientras que los otros cursos sólo los componían una treintena de estudiantes.

Inicié, pues, el bachillerato, que alternaba con la práctica del fútbol en el campo de La Estrada con un equipo que se llamaba "El Olimpia". Allí, en La Estrada, tenían lugar las batallas que, a pedradas, enfrentaban a los chiquillos de la Ciudad Vieja con los del barrio de Orillamar y Atocha Alta. Cuando los de la Ciudad ganábamos la batalla, corríamos a los contrarios hasta la calle de Orillamar, pero si nos vencían, desaparecíamos como rayos en las viejas calles de nuestro barrio, haciendo imposible la persecución del enemigo.

En la primavera y en verano bajábamos a Puerta Real a jugar al fútbol por las noches al lado del edificio que albergaba, en aquellos tiempos, los servicios de Correos. Teníamos que jugar en equipos de cuatro o cinco jugadores, por lo que nos sorteábamos antes, pues éramos veinticinco o, a veces, treinta los que nos reuníamos en aquel lugar para, una vez formados los correspondientes equipos, jugar ligas y copas en partidos de media hora de duración y a la luz de los focos eléctricos, parando sólo para dejar paso



*El pueblo proclama la Segunda República en la Puerta del Sol de Madrid
el 14 de abril de 1931.*



*Proclamación de la Segunda República en La Coruña (Plaza de María Pita).
Fotos del Archivo Municipal.*



El general Sanjurjo subleva a la Guardia Civil y a la Guarnición de Sevilla el 10 de agosto de 1932.

a los tranvías que llegaban o que salían. Creo, y ojalá me equivoque, que de aquella pandilla de chicos solamente quedamos Celso Bejar, Cheché Martín, Tonecho Silva y yo. A ellos les envió un saludo desde estas líneas y les recuerdo que, sin saberlo, fuimos los precursores de lo que hoy se conoce como fútbol sala.

En Agosto de 1932, la noche del 10 al 11, tiene lugar el primer alzamiento militar contra la República, acaudillado por el General Sanjurjo, Goicoechea y Ledesma Ramos, con un intento de asalto al Ministerio de la Guerra y al Palacio de Comunicaciones, que fracasó igual que el proyecto de apoderarse de Sevilla, declarando el Estado de Guerra, por parte del General Sanjurjo. Éste, al ver su fracaso, intentó huir a Portugal, pero fue detenido por la Guardia Civil antes de llegar a la frontera.

El General fue condenado a muerte e indultado por el Presidente de la República a petición de los distintos partidos políticos, en particular del PSOE (luego sería expulsado del país, ins-

talándose en el vecino Portugal); y los civiles, al destierro en Fuerteventura, de donde huyeron enseguida.

Para mí, que esperaba mucho más rigor de las autoridades republicanas, aquella benevolencia me pareció el primer error.

Por aquellos días mi madre, para que mi hermana Amparo pudiera asistir a los bailes que allí se celebraban, me hizo socio del Club Náutico. Debo dejar constancia de que jamás puse los pies en los locales del Club. Recuerdo que en el verano de 1937, nos acercamos con una modesta lanchita a las escalerillas del Club para desembarcar allí a un chiquillo que traíamos desde Los Pelamios y nos fue imposible hacerlo porque un grupo de jóvenes "señoritos" nos apedreó al verme a mí en la embarcación. Entre ellos se encontraba un ex-compañero mío de clase que se llamaba Lino. Espero que se haya arrepentido de lo que hizo.

Los pocos monárquicos que quedaban

en La Coruña provocaban a la gente con sus corbatas verdes, sus pañuelos verdes o cualquier prenda de vestir o de adorno de ese color. Querían expresar así sus ideas porque consideraban que VERDE eran las siglas de la siguiente frase: *Viva El Rey De España*.

Los primeros cursos del bachillerato los pasé muy bien. El primero con una nota conjunta de Notable en todas las asignaturas y el segundo con tres sobresalientes, tres notables y dos aprobados, estos últimos en Dibujo y Gimnasia.

El tercero ya tuve el primer suspenso en Lengua y Literatura por culpa de mi padre, que controlaba mis libros al comenzar el curso y encontró tan malos los de esa asignatura que los encerró en un cajón de su escritorio y me prohibió terminantemente que estudiara esa porquería, como él lo llamaba. Incluso me dio un par de duros cuando le traje el suspenso. Luego, durante el verano, preparé con él, y a su manera, esta asignatura y la aprobé en septiembre.

No hay que olvidar que mi padre empezó a ganarse la vida como profesor en un colegio privado que dirigía Don Eduardo Budén en la calle Fonseca, ni que a este colegio enviaban a sus hijos la mayor parte de los republicanos coruñeses. Entre los que fueron alumnos de mi padre figuran coruñeses ilustres como Don Emilio González López y Don Manuel Iglesias Corral.

El cuarto curso fue fatal para mí. Estábamos ya excesivamente politizados y las luchas políticas ocupaban todo nuestro tiempo. Para empezar, me di de alta en la UEA (Unión de Estudiantes Antifascistas) que presidía Eugenio Carré, hijo de Uxío y sobrino de Leandro Carré, destacados galleguistas.

Nos reuníamos en la Casa del Pueblo, que estaba donde se alza actualmente el edificio de Hacienda, y que nos cedía el PSOE.

Eugenio Carré Naya era el Presidente

y procedía del PC, aunque en sus últimos tiempos se hizo del POUM (trotskista) y murió valientemente en los primeros días del Alzamiento militar en un enfrentamiento con la Guardia Civil. De Vicepresidente teníamos a Alvarez de Neira, hijo del abogado del Estado del mismo nombre, al que antes del Alzamiento trasladaron a las Islas Canarias y allí fue fusilado por los militares. El hijo, nuestro Vicepresidente, consiguió llegar a la zona republicana, se alistó voluntario en el ejército y murió en el frente. Vienen a mi memoria los canarios que conocí cuando me pasé al ejército republicano. Representaban el 50% de los que llegaron a nuestras filas, luego de haberme pasado. A alguno de ellos lo vi en el puerto de Alicante esperando, como yo, los barcos que no llegaron nunca.

Yo fui nombrado Tesorero de la UEA, aunque, a decir verdad, no tuve en mis arcas ni un sólo céntimo. Eramos, más que otra cosa, idealistas y no pagábamos la pequeña cuota que habíamos acordado porque no teníamos gastos ni de local ni de propaganda. Cuando queríamos hacer propaganda nos armábamos de pincel y pintura y por las noches salíamos a embadurnar las paredes.

Mi afiliación a la UEA me trajo como consecuencia mi primer contacto con la policía. A finales de 1934, en pleno Bienio Negro y con la rebelión de Asturias no dominada aún, un policía se personó en mi casa preguntando por mí y diciéndole a mi madre que yo tenía que acompañarle a la Comisaría, pues querían hacerme unas preguntas. Mi madre, para evitarme aquello, alegó mi edad (tenía sólo 14 años) y ante la contestación del policía asegurándole que no iba a pasarme nada malo y de que iban a soltarme enseguida, optó por dejarme ir.

La Comisaría de Policía estaba en los bajos del Gobierno Civil que, en aquella época, estaba en el edificio del Rosalía de Castro, justo en una puerta que daba

a la calle en la que actualmente se colocan los vendedores de quincallería. Allí, en la Comisaría, me retuvieron toda la tarde, haciéndome preguntas sobre la UEA a las que contesté como buenamente pude. Así estuve hasta que llegó el Comisario Jefe, que preguntó qué hacía allí un chiquillo.

Cuando se enteró de mi nombre y apellidos me dejó marchar y se disculpó por las molestias que me habían ocasionado.

Cuando les conté lo ocurrido a Carré y a Alvarez de Neira, me instruyeron por si acaso volvían a detenerme y los dos coincidieron al decirme que en la Comisaría debía decir que no conocía ni a mi padre: así de radicales.

Ni que decir tiene que estas actividades políticas influyeron negativamente en mis estudios, pues suspendí, como antes dije, aquella asignatura que no me dejó estudiar mi padre, y al año siguiente fueron cuatro los suspensos que coseché, los mismos que G. F. O., que también estaba metido en política, aunque de signo contrario, porque trataba de repartir entre los compañeros de estudios el órgano de la Falange "Arriba".

Quiero dejar constancia aquí de que siempre nos llevamos bien y que incluso nos poníamos de acuerdo para faltar a algunas clases.

Pero ya va siendo hora de que deje de hablar de mí y de que vuelva a los acontecimientos españoles y, por tanto, que tenían repercusión en La Coruña.

Unos días después del fallido intento de derrocar a la República, dirigido por el General Sanjurjo, tuvo lugar, convocada por mi padre en los locales del Casino Republicano, sito en el Cantón Grande, una reunión de republicanos de diversos partidos, de la que nació la agrupación "A la Tercera República", que debía de actuar al margen de los partidos

y que, según periódicos de la época, (La Voz de Galicia del 13-VIII-1932 y El Noroeste de la misma fecha) "no significa oposición al régimen ni siquiera al Gobierno, sino plena adhesión a éstos y deseo de superar la República actual, inyectándole el rigor y energía necesarios por medio de una continuada asistencia que se traducirá, por una parte, en actos públicos, y por otra, en una celosa vigilancia que no permita claudicaciones ni tibiezas en quienes tienen el deber de velar por la salud del régimen".

Fueron elegidos para formar el Comité directivo: César Alvajar, Gonzalo Acosta, Eduardo Paredes, José María Eirís y Jesús Mejuto. Para el Comité de Consejo: José García Fernández, José Búa, Alfredo Suárez Ferrín y Aurelio Fernández Morales.

De ellos fueron fusilados por los militares rebeldes, cuando empezó el "Glorioso Alzamiento": Gonzalo Acosta, José María Eirís y Alfredo Suárez Ferrín. Jesús Mejuto se escondió y luego consiguió escapar de España. Eduardo Paredes y José García Fernández ya habían muerto. José Búa falleció poco después, y en lo que se refiere a Aurelio Fernández Morales, nada sé de él.

Debo decir que mi padre era el Presidente del Casino Republicano y que mi madre presidía la Agrupación Republicana Femenina además de figurar como afiliada en el Partido Galleguista y en las "Irmandades da Fala", con lo que el lector puede darse perfecta cuenta de cómo estábamos politizados en nuestra casa.

El 21 de Agosto de 1932 "A la Tercera República" celebró su primer acto público que consistió en un mitin celebrado en el Teatro Rosalía, abarrotado de público, en el que intervinieron además de mi padre, José Arias, viejo republicano que luego fue condecorado por el Gobierno de la República con una alta distinción; José Búa Carou, médico militar; Alfredo Suárez Ferrín, que en 1936 era

Alcalde de La Coruña, y Benito Couceiro, obrero que dijo hablar en nombre y representación de "La Antorcha Galaica del Libre pensamiento", institución que llevaba casi 40 años luchando por la defensa de la conciencia laica contra las agresiones del clericalismo.

Del discurso de mi padre entresaco un párrafo en el que el lector de estas líneas puede sacar la conclusión de que la República, pasados los primeros meses de asombro que tuvieron sus enemigos, empezaba a ser atacada por todas las fuerzas reaccionarias, incluida la Iglesia. Así hablaba mi padre:

"... Los elementos que el 14 de Abril se emboscaron en sus guaridas, huidos y acobardados, poco a poco recobraron el viejo orgullo, más que nada, por el nacimiento pacífico de la República. Mientras que unos hombres sensibles preparaban la revolución, que tuvo el trágico anticipo en Jaca, el viento de bonanza alejó la nube preñada de amenazas que se cernía en el horizonte. Entonces, la República que debía nacer en las barricadas y entre el silbido de los proyectiles, arribó pacíficamente y por su nacimiento marcó la moderada actuación de sus gobernantes.

Ello fue el motivo de que las fuerzas enemigas recobrasen los viejos bríos, y así hemos podido observar que a los quince meses de República, seguimos, en cierto modo, sometidos a la acción de las derechas, que practican impunemente el boicot y combaten al régimen desde las hojas parroquiales, la tribuna, la prensa y hasta desde el púlpito de la basílica compostelana, en términos que un Estado fuerte no debió nunca tolerar".

Esta nota está tomada de "El Noroeste" del 23 de Agosto de 1932. "El Noroeste", periódico con tradición en La Coruña, era en aquellos momentos el órgano del Partido Radical Socialista.

A finales de 1932 y durante 1933 la Agrupación "A la Tercera República" se dedicó a combatir el proyecto de Estatuto de Galicia por considerarlo caciquil y excesivamente nacionalista y, sobre todo, a defender a La Coruña como indiscutible capital de Galicia. Véanse a continuación algunos manifiestos que repro-

ducimos, así como octavillas y actos públicos realizados por la Agrupación y que le valieron a mi padre el sobrenombre de "Miss Capitalidad", del cual estaba muy orgulloso.

El día 19 de Noviembre de 1933 comienza en España el llamado "Bienio Negro", durante el cual las derechas, aliadas a los radicales de Lerroux, bloquearon e incluso llegaron a anular leyes progresistas que habían aprobado los anteriores gobiernos de izquierdas, al ganar la CEDA, "Confederación Española de Derechas Autónomas", y el Partido Radical las elecciones que en ese día se celebraron en España.

El triunfo de la derecha se debió a: 1) la abstención de los anarquistas; 2) al hecho de que los socialistas, para medir sus fuerzas, fueron solos a las elecciones, abandonando la coalición que tenían con los partidos republicanos de izquierda, y 3) por ser ésta la primera vez que votaron las mujeres, no sólo en España, sino en Europa.

Una gran parte de los radicales, al ver como el Partido Radical se aliaba con las derechas, abandonaron el Partido y fundaron Unión Republicana, cuyo líder era Diego Martínez Barrio.

Mi padre no lo dudó ni un instante y se incorporó al nuevo partido, compuesto a partir de entonces por antiguos militantes del Partido Radical y del Partido Radical Socialista.

Unos días antes de las elecciones (exactamente el 29 de Octubre), José Antonio Primo de Rivera, en el acto fundacional de Falange Española, celebrado en el Teatro de la Comedia de Madrid, pronunció la célebre frase: "No hay más dialéctica admisible que la de los puños y las pistolas".

A pesar de todo esto, el país sigue en calma hasta que en Octubre del 34 en el Gobierno de España entran tres ministros de la CEDA, partido éste que nunca había acatado la legalidad de las institu-

Agrupación "A la Tercera República"

Detrás de esas precarias hojas que han repartido los nacionalistas, no hay sino media docena de ilusos a quienes se ha dejado gritar impunemente.

Detrás de nosotros está:

LA CORUÑA EN PIE
y toda Galicia consciente, dispuesta a que su voluntad no sea suplantada.

Al grito agonizante de esas gentes, a quienes se les va el Estatuto Caciquil de entre sus manos, respondemos así:

EN BREVE:

¡Gran mitin contra el Estatuto!

¡La Coruña, capital indiscutible de Galicia!

¡GUERRA AL NACIONALISMO!

AGRUPACION "A LA TERCERA REPUBLICA"

Contra el Estatuto caciquil de Galicia

¡La Coruña, en pie!

¡A la lucha!—Impidamos la indigna farsa que se prepara

Nuevamente y con reforzados lemas se lanza a la lucha en la calle la Agrupación "A la Tercera República".

Crée y siente que este es el momento de actuar en defensa de sus principios, de la región gallega y muy singularmente de La Coruña, ante la amenaza del caciquismo nacionalista que, tras de haber amañado escandalosamente un Estatuto de Galicia en una Asamblea cuyos vicios leemos denunciado de modo público, pretiene ahora imponerle, a marchas forzadas, en un plebiscito anunciado para septiembre próximo, si la auténtica ciudadanía gallega no lo impide, la falsificación más bochornosa y la suplantación

más indigna de la voluntad de Galicia.

Partidarios nosotros de la autonomía amplia y sin restricciones, entendemos, no obstante, que no existe en Galicia un verdadero espíritu autonomista porque nadie se ha cuidado de formarlo seriamente. Y como no existe ese espíritu, cuya creación ha de ser obra de una propaganda meditada e intensa de todos los partidos republicanos que en sus programas propagaron la autonomía, trata de simularlo con sus gritos y maniobras, al socaire de la pasividad ambiente, el reducido y turbido cotarrio de los nacionalistas fililusteros que sueñan con ser futuros presidentes, consejeros y parlamentarios de un Estado gallego que entregado a sus manos impolíticas, incapaces y torpes no tardara en ir a la lamacota y a la ruina.

Para obtener la autonomía existen dos

caminos: uno consiste en forjar la voluntad autonómica de Galicia, mediante una amplia labor de preparación y de proclatamiento; otro estriba en suplantarla por la fuerza.

Ese segundo camino es el que se ha elegido, y el plebiscito que se proyecta será, si no lo impedimos con nuestra intervención, la farsa más grotesca y la afrenta más ignominiosa de que haya sido objeto jamás pueblo alguno civilizado.

Para esta intervención se concede holgado margen en la disposición que autoriza el plebiscito; pero es menester que no nos crucemos de brazos y que cuantos sentimos hondamente la democracia y la ciudadanía nos dispengamos a utilizar aquel margen legal y a intervenir virilmente para evitar que esa injuria se consuma, uniéndonos bajo estos lemas:

¡Guerra al Estatuto caciquil de Galicia!

¡Guerra a los suplantadores de la voluntad regional!

¡Guerra civil contra el nacionalismo!

La autonomía ha de ser obra de todos

El Estatuto fracasará si nosotros no proporcemos que fracase. Y debilitado y hecho polvo, será llegado el momento de pensar en una autonomía que sea obra de todos, limpiamente planeada sin contaminaciones nacionalistas; propagada con amplitud y con seriedad—exponiendo sus ventajas y sin ocultar sus cargas y responsabilidades—y democráticamente conseguida por los votos libres y conscientes de la ciudadanía gallega.

Si logramos despertar esta ciudadanía hoy adormecida—y en ella, como de por

ner todo nuestro esfuerzo—no se llegará siquiera al plebiscito, porque ante ese resurgirá ciudadano los faros y los simulators, pero quedará asentado de su intento y avergonzados ante la inminencia de la derrota.

El pleito de la capitalidad.

—Una afirmación

Hasta aquí hemos escrito como gallegos.

Ahora vamos a escribir como coruñeses.

Y como coruñeses mantenemos cuanto hemos dicho en nuestros dos anteriores

manifiestos con respecto al pleito de la capitalidad.

No queremos callar más tiempo.

La Coruña viene siendo cercada por una ruin maniobra, encaminada a privarla de la condición de capital de Galicia, que con dignidad y acierto insuperables ostenta. Y no ya tan sólo por defender los legítimos fueros de La Coruña, sino porque la persistencia en ella de la capitalidad es la única garantía de que la Galicia autónoma se oriente hacia la libertad y la democracia, nosotros renovamos gallardamente y desenvolvemos como una bandera esta afirmación de nuestro primer manifiesto:

VUELTA.

A Coruña lo que es de La Coruña y al César..

CORUÑESES:

Llegó el momento de defenderse. Ya no se puede esperar más tiempo. Hay que alzarse en guerra civil y militar contra esos que al socaire de la capitalidad lo que quieren es llevarnos la torre de Hércules; el puerto; el obelisco; la calle Real (hoy del Capitán Galán); nuestros encantiños; nuestro clima ideal; la estatua de Carballo y todo cuanto constituye nuestro tesoro auténtico.

Para evitarlo debemos luchar hasta que nos *muéramos*, y para ello sale a la palestra armada de todas armas

LA AGRUPACION A LA QUINTA... REPUBLICA

TIPOGRAFIA GENERAL LA OBRERA

ciones republicanas. Este hecho provoca una reacción en cadena de todos los demás partidos políticos, que se apresuraron a condenar la entrada en el Gobierno de los enemigos de la República e incluso rompiendo con el Presidente de la República por permitirlo.

Así las cosas, y viendo que la República en manos de sus enemigos peligraba, se alzaron en armas los asturianos y los catalanes. Estos últimos se vieron enseñada sometidos a cañonazos por el ejército, pero en Asturias la rebelión duró unas semanas y el Gobierno se vio obligado a traer La Legión y a unas unidades de marroquíes para combatir contra los mineros. De las represalias que estas unidades ejercieron contra los civiles hablaremos más adelante, pues por el momento me limitaré a narrar lo que ocurrió la noche del 6 de Octubre de 1934 en La Coruña.

El Gobierno dio la orden de declarar el Estado de Guerra en todo el país; el oficial que mandaba las tropas que estaban declarando el Estado de Guerra en La Coruña, provocó abiertamente a los

republicanos coruñeses que, en gran número, estaban reunidos en el Casino Republicano, al detener la tropa debajo de los balcones del Casino para allí leer el Bando correspondiente. Los republicanos abuchearon al oficial y le reprocharon su conducta. Éste, mandó a los soldados apuntar con las armas a los que se encontraban en el balcón y luego subió con unos números de tropa y sin ninguna clase de miramientos empezó a detener a ciudadanos que no tenían nada que ver con los insultos y los abucheos, pues éstos, y con ellos algunos viejos republicanos, escaparon por la puerta del Casino que daba a la calle de la Estrella.

Entre los detenidos y en su calidad de Presidente del Casino Republicano y, por tanto, considerado máximo responsable de lo ocurrido allí por parte del oficial provocador, figuraba mi padre.

De esta detención nos enteramos de inmediato, puesto que los republicanos que escaparon por la puerta del Casino que daba a la calle de la Estrella vinieron a avisarnos. Entre ellos, recuerdo a mi padrino, Domingo Quiroga Ríos.

Agrupación "A la Tercera República"

Gallegos que nos visitáis:

Los coruñeses os reciben y consideran como hermanos, confiando en que sabréis reconocer a

La Coruña, como indiscutible capital de Galicia

Esta ciudad culta y tolerante, ama a todas las demás de la región; pero, hoy como ayer, sabe erguirse en pie y hacer que sus derechos prevalezcan.

Tip. EL NOROESTE.—La Coruña

Mi padre estuvo en la cárcel casi tres meses. Luego, su abogado, el diputado José Miñones, alegando que la madre era de edad muy avanzada y estaba enferma, consiguió que lo pusieran en libertad vigilada en casa de mi abuela y sin poder salir de ella por ningún motivo.

El 1 de Enero de 1935 murió mi abuela materna, que vivía en nuestra casa de Panaderas, calle a la que nos habíamos mudado en 1933. Con este motivo, mi madre decidió traer con nosotros a mi abuela paterna y a su hijo Ramón, paralítico de nacimiento, para, con ellos,

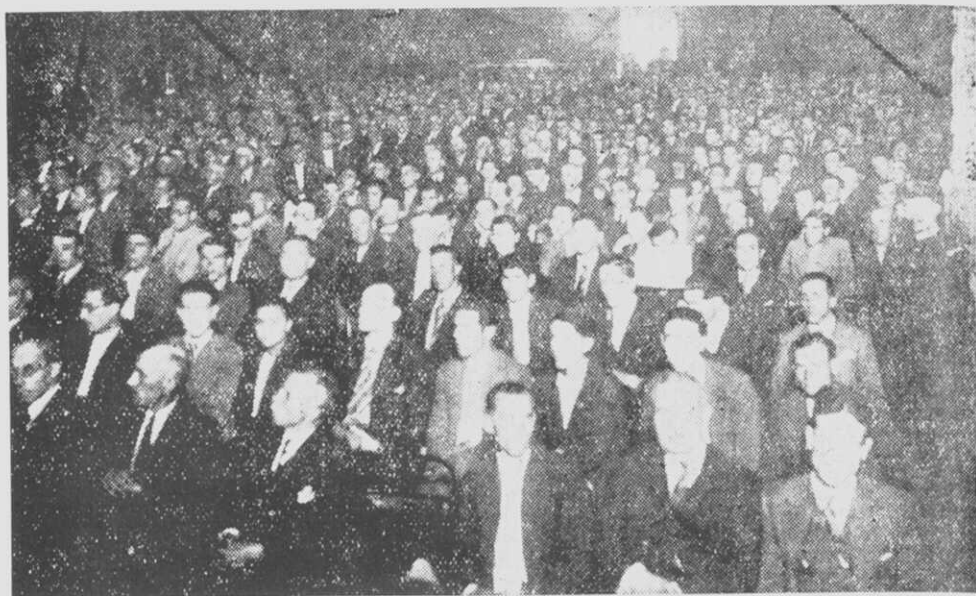
Agrupación "A la Tercera República"

¡¡ABAJO EL ESTATUTO!!

Este grito, que debe brotar unánime de todos los pechos, no significa oposición a la Autonomía, que Galicia ha de conquistar libre y conscientemente, sino

Hostilidad implacable al escandaloso amaño hecho en una asamblea caciquil efectuada en Compostela

Tip. EL NOROESTE.—La Coruña



"Un aspecto de la sala del teatro Rosalía.- El señor Alvajar en uso de la palabra.
...Recuerda la afirmación de la Tercera República: "O capitalidad coruñesa o no habrá autonomía",
y la mantiene, e invita a los coruñeses y a cuantos aquí viven y estiman a la ciudad a ponerse en pie,
a fin de, si fuera preciso, reproducir ahora aquel bello gesto de hace cuarenta años, por motivo no
más considerable. (En este momento, todo el público que llena el teatro, se pone en pie y suena una
entusiasta ovación, con vivas a Galicia y a La Coruña.)" La Voz de Galicia, 5-IX-1933



Cañón en batería delante del Palacio de la Generalitat en Barcelona y efecto de los cañonazos sobre la zona comercial e industrial de la ciudad en Octubre de 1934.

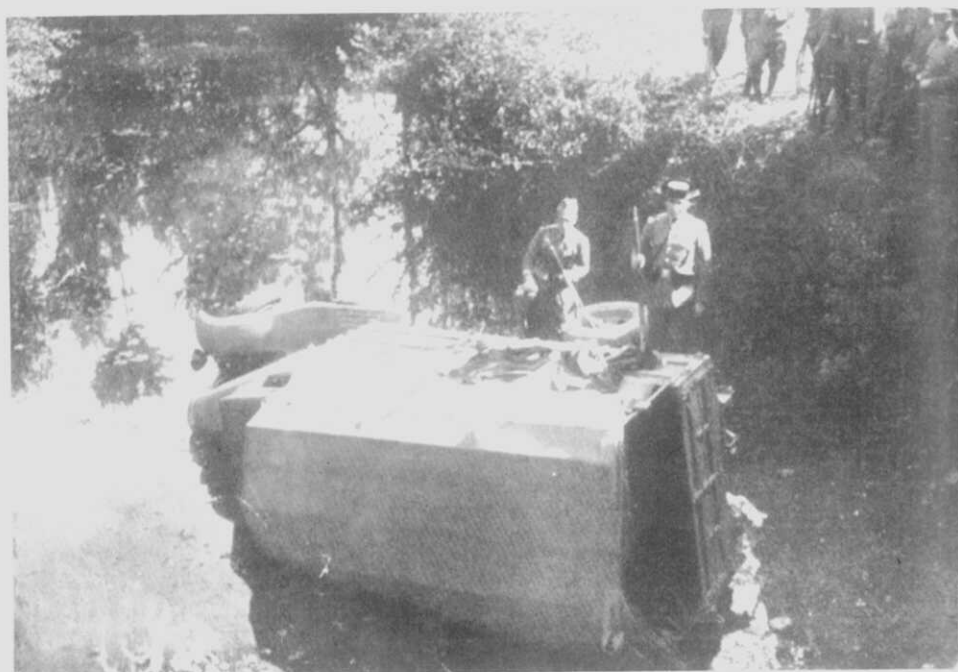
lograr que mi padre volviera a casa.

El Ayuntamiento de La Coruña, gobernado en el Bienio Negro por las derechas, suspendió a mi padre de empleo y sueldo hasta que se celebrara el Consejo de Guerra que, si no recuerdo mal, tuvo lugar a finales del mes de mayo o a principios del de junio de 1935 en una de las salas del Cuartel de Infantería. Yo asistí a aquel Consejo de Guerra en el cual absolvieron a mi padre de todos los cargos que se le imputaban y, desde el cuartel, nos fuimos para casa acompañados por los amigos más íntimos y por un grupo de simpatizantes de Unión Republicana, partido en el que militaba mi padre desde la escisión del Partido Radical.

No quiero pasar por alto el espíritu de solidaridad de los funcionarios municipales, porque el sueldo de mi padre nos llegó todos los meses, ya que todos, absolutamente todos, los funcionarios dejaban una pequeña parte de sus sueldos para cubrir el de mi padre.

Las consecuencias de la Revolución de Asturias y Cataluña fueron graves, como lo demuestra el hecho de que el diputado de Unión Republicana, Félix





Un camión militar lanzado al agua por los mineros asturianos en el pueblo de San Román. Octubre de 1934.

Gordón Ordás, se permitiese investigar por su cuenta los crímenes cometidos en la represión que siguió a los sucesos en sí, y se dirigiera por carta al Excmo. Sr. Presidente de la República, Don Niceto Alcalá Zamora, quejándose de que no se le dejase utilizar la tribuna parlamentaria como, en su condición de diputado, tenía derecho, en estos términos:

"El Diputado a Cortes por León don Félix Gordón Ordás se dirige oficialmente al Excmo. Sr. Presidente de la República

Con reiteración estéril me he dirigido en uso del derecho que me confiere el cargo de elección popular que orgullosamente ostento, al Excelentísimo señor Presidente del Consejo de Ministros en solicitud de una interpelación urgente sobre la represión en las provincias de Asturias, León y Palencia. Asimilándose hasta en eso las malas costumbres de los Gobiernos monárquicos, don Alejandro Lerroux no ha permitido que mi voz pidiendo justicia sonara en el Parlamento. Suspendió las sesiones de Cortes sin concederme la interpelación reclamada y prolongó después la clausura con pretextos inadmisibles. ¿No ha visto o no ha querido ver el tremendo pe-

ligro que amenaza a la República con este forzado silencio en torno al crimen? La prolongación desmesurada del mutismo impuesto por decisión gubernativa a las diversas tribunas populares permite que se sigan cometiendo impunemente por autoridades indignas toda clase de crueles vejámenes contra el proletariado: detenciones arbitrarias, apaleamientos furiosos, desahucios ilegales, expulsiones bárbaras... Contra tamaña bestialidad erigida ya en sistema, que arroja a la clandestinidad a las organizaciones obreras y está incubando odios terribles en muchos espíritus, tenemos el deber inexcusable de reaccionar los republicanos auténticos para evitar que esos odios dañen a la República en sus mismas esencias. Yo he reaccionado con ímpetu y emoción desde el primer momento y no cesaré en mi campaña hasta conseguir que terminen las persecuciones inicuas y se enjuicie a los responsables de ellas. Obediente al imperativo de este propósito inquebrantable, al cerrármeme las vías usuales y lógicas en un régimen democrático, me he visto precisado a enviar ayer una exposición detallada y reflexiva al Excelentísimo señor Presidente de la República, como autoridad suprema del régimen. El escrito que ayer dirigí a S. E. lo hago público hoy de este modo para que la nación lo conozca. Me repugna apelar a un procedimiento que choca contra mis ideas sobre el ejercicio ciudadano de los derechos; pero no es mía la culpa



Los guardias civiles abandonando un pueblo asturiano. Octubre de 1934.

de que el Gobierno actual tenga obstruídos los otros, y ningún político debe ocultar al país lo que le diga al Jefe del Estado.

Madrid, 12 de enero de 1935.- F. Gordón Ordás.- Rubricado."

Siguen a esta carta, que copiamos del libro *Mi Política en España*, escrito por D. Félix Gordón Ordás, una amplia relación, caso por caso y pueblo por pueblo, de los actos de barbarie cometidos en Asturias y León, por las fuerzas represoras. Treinta y cinco páginas más de apretada lectura (1)

A partir de Octubre de 1934 la vida de los españoles no fue la misma. Las cárceles estaban llenas y los ánimos exaltados al máximo, así que era de temer lo peor.

En Barcelona habían detenido al Presidente de la Generalitat, Lluís Com-

panys y al ex-Presidente Azaña, acusados de rebelión.

Nosotros en La Coruña, además de a mi padre, detuvieron al abogado del Estado, Alvarez de Neira y a varios anarquistas a los que muy pronto dejaron en libertad. Se vio bien claro que las derechas coruñesas iban, única y exclusivamente, contra mi padre, al que no perdonaban la publicación de los semanarios "Adelante" y "Unión", en los que mi padre, con un grupo de viejos republicanos, en plan de broma, sacaba a relucir los defectos de personajes representativos de la derecha coruñesa.

Se acabaron los partidos de fútbol que jugábamos contra las Juventudes Católicas en el campo del "Coruña", sito en la Granja Agrícola, donde, en el verano se celebraban los concursos hípicas que tra-

(1) Nota: el Sr. Gordón Ordás escribió en México, y una vez retirado de la vida política activa, siete tomos de casi 600 páginas en los que relata su actividad en la política española. Los tres primeros los tituló "Mi política en España" y los 4 últimos "Mi política fuera de España". Todos ellos de sumo interés para los historiadores.



Una treintena de mineros arrestados por la guardia civil cerca del pueblo asturiano de Las Brañoseras en Octubre de 1934.

dicionalmente tenían lugar en el mes de agosto.

También los partidos entre diferentes cursos de bachillerato, jugados casi siempre en una explanada que estaba al final de la calle de Rubine, inmediatamente después de la empalizada de madera que fijaba los límites de la "Casa de Baños" que había al final de la acera de la derecha de la calle.

Nos politizamos, unos y otros, y recuerdo la primera vez que oí el "Cara al Sol", que cantaba un grupo de jóvenes estudiantes en la Plaza de Pontevedra, saludando, brazo en alto, a la romana.

Tenían toda la razón los catalanes y los mineros asturianos al pensar que la República corría peligro en manos de los que la gobernaban en aquel entonces, porque, unas semanas antes de su sublevación, fue a Roma para entrevistarse con Mussolini una delegación de españoles compuesta por el general Barrera; Goicoechea, jefe de los monárquicos, y el tradicionalista Olazábal, con el objeto

de solicitar ayuda al dictador italiano y preparar un alzamiento militar que acabara con las instituciones republicanas, ayuda que obtuvieron y que influyó decisivamente en la victoria de los militares. Digo decisivamente, porque en un principio fueron los aviones italianos los que sirvieron a los sublevados para hacer cruzar el estrecho de Gibraltar a las tropas de Africa y hasta el fin de la Guerra Civil, divisiones completas, con armamento y mandos incluidos de italianos, hicieron la guerra contra la República.

Recuerdo bien que fue la división italiana, al mando del General Gambaro la que nos hizo prisioneros a cuantos nos encontrábamos en el puerto de Alicante con la esperanza de que llegaran los barcos prometidos por las potencias amigas y poder así salir de España, donde nuestras vidas corrían peligro.

También visitó a Hitler en Berlín el General Sanjurjo, que fue recibido con todos los honores. Como consecuencia de esta visita, tuvo lugar durante la Gue-



Gil Robles (1) y los generales conspiradores en Asturias: Franco (2), Fanjul (3), Goded (4) y el coronel Aranda. Con ellos, el Gobernador de Oviedo (6).



El Presidente de la Generalitat, Lluís Companys y los consellers juzgados por la rebelión de Octubre.

rra Civil la presencia en España de la Legión Cóndor y el envío de toneladas de armas y de técnicos alemanes para enseñarles a los insurrectos el manejo de las mismas (véase la publicación del Gobierno Vasco en el Exilio, titulada, *El Arbol de Guernica*).

Debo decir, para no faltar a la verdad, que durante el tiempo (unos días) en que permanecemos prisioneros de los italianos, no nos ocurrió nada malo, salvo que no nos dieron de comer. No puedo decir lo mismo con respecto a los españoles que tomaron el relevo de los italianos, pero de esto hablaré en otro trabajo, si Dios me da vida y fuerza.

Los gobiernos de la derecha fueron sucediéndose unos a otros. Aparte del de Lerroux, recuerdo el de Ricardo Samper y el de Chapaprieta, y, al fin, el de Portela Valladares, el 14 de Diciembre de 1935, gobierno que cae al no obtener la confianza de las Cortes, lo que provoca un nuevo gobierno, también presidido por Portela Valladares, que disuelve las Cortes y convoca elecciones generales para el 16 de febrero de 1936.

Empezó la campaña electoral con gran despliegue de medios de los partidos en liza. Recuerdo en La Coruña un gran retrato del "Jefe" (Gil Robles) con un lema pintado que decía textualmente: "Todo el Poder para el Jefe", añadiendo, "A por los trescientos". Con este lema se ve claramente que la derecha no se conformaba si no sacaba los trescientos diputados que esperaba.

Se creó el "Frente Popular", como en Francia, compuesto por todos los partidos republicanos, los socialistas, los nacionalistas catalanes, el Partido Galleguista, los comunistas, etc.

Toda la propaganda del Frente Popu-

lar se basó, esencialmente, en la amnistía de los presos políticos, por lo que la CNT y los anarquistas prometieron dejar por una vez la política de la abstención y votar a los candidatos del Frente Popular.

Yo participé pegando carteles y arrancando los de las derechas. Fue el curso de mis cuatro suspensos.

Mi hermana Amparo, con el permiso de mi padre, iba por las tardes a ayudar a Casares Quiroga en sus trabajos electorales. Por las mañanas trabajaba en el Ayuntamiento.

Las elecciones dieron el siguiente resultado:

	<i>diputados</i>
Izquierda Republicana (Azaña)	80
Unión Republicana (Mart ^{ez} Barrio)	37
PSOE	90
Comunistas	13
POUM (Marín)	1
Parti Catalá Proletari	1
Sindicalistas	2
Esquerra Catalana (Company)	38
<hr/>	
<i>Total:</i>	
<i>Izquierda</i>	262
<i>Centro</i>	52
<i>Derecha</i>	129

Los galleguistas elegidos, entre los que figuraba Castelao, Suárez Picallo, Villar Ponte, Alonso Ríos, etc., figuraban entre los 80 de Izquierda Republicana, con la que el Partido Galleguista estableció un acuerdo electoral.

Al día siguiente, el pueblo, sin esperar el decreto de indulto, abrió la puerta de las cárceles. El Presidente del Gobierno, Sr. Portela Valladares, dimitió el día 19 de Febrero, sin aceptar la proposición que le hicieron las derechas de que entregara el poder al General Franco. El Presidente de la República encargó a D. Manuel Azaña la formación de un nuevo gobierno.

Ante la presión de los socialistas, las

Cortes incoaron expediente al Presidente de la República, D. Niceto Alcalá Zamora, con el pretexto de que la segunda disolución del Parlamento había sido ilegal, cosa absolutamente falsa porque los resultados de las elecciones demostraron, bien claramente, que el pueblo español pedía a gritos un cambio en la política, derrotando a la derecha que había abolido leyes progresistas de gobiernos anteriores e incluso dando un parón a la reforma agraria. Los diputados republicanos sabían que la destitución del Presidente, sin terminar su mandato, significaba un rudo golpe para la joven República, pero no podían oponerse a la decisión de los socialistas y comunistas, pues sin ellos no era posible gobernar.

Se decidió, pues, la destitución de Alcalá Zamora y se convocaron elecciones para que el pueblo eligiera el mismo número de compromisarios que el que hacían los diputados para que, todos ellos, eligieran al que iba a ser el segundo Presidente de la Segunda República Española.

Como dato adicional y curioso debo decir que mi padre se presentó a las elecciones a compromisario (mejor dicho, lo presentó el Partido de Unión Republicana) y obtuvo muchos más votos que el primer candidato a la elección de diputados obtuviera nunca. Debo decir que siempre en las reuniones que Unión Republicana celebró en La Coruña para nombrar candidatos a diputados a Cortes, en primer lugar era elegido mi padre, pero renunciaba en favor de los correligionarios que tenían una situación económica más holgada y que les permitía pagar la elección.

Se eligió a D. Manuel Azaña y éste encargó a Indalecio Prieto formar gobierno, pero las directivas de la UGT y del PSOE no se lo permitieron. A mi parecer cometieron un grave error, pues el Sr. Prieto gozaba de las simpatías de am-



Casares Quiroga

plios sectores de la sociedad española, además de ser lo suficientemente enérgico como para detener cualquier intento de subversión, cosa que, como veremos luego, no pudo o no quiso hacer el Sr. Casares Quiroga.

Y aquí empezó la disgregación de mi familia. Mi hermana Amparo, llamada por Casares, marchó a Madrid, ingresando en los Servicios Secretos del Ministerio de la Gobernación. Mi padre, requerido por su partido (Unión Republicana) fue a ocupar el cargo de Gobernador Civil en Soria. Mi madre, acompañada de mi hermana María Teresa, salió pocos días más tarde para reunirse con mi padre. Yo debía reunirme con ellos a finales de julio del 36. Tenía proyectado viajar con Don Pedro Saldaña, que tenía una academia en la calle Panaderas, y con el que yo preparaba las asignaturas que había suspendido en junio. Don Pedro Saldaña era natural de Burgos y le conocían mis padres porque, antes de establecerse por su cuenta con la academia, había sido profesor en las Escuelas

Populares Gratuitas que estaban al lado de nuestra casa cuando nosotros fuimos a vivir con mi abuela materna a la calle de Herrerías.

Todos mis proyectos de viaje se vinieron abajo al comenzar la sublevación militar el 17 de Julio de 1936.

Antes del Alzamiento, los pistoleros pagados por las derechas habían asesinado al magistrado Sr. Pedregal, a dos directores de periódicos de provincias, a varios oficiales republicanos y a docenas de obreros, además de atentar contra el vicepresidente de las Cortes, Jiménez de Asúa, y contra Largo Caballero.

En mi casa no hubo armas nunca, pero, ante amenazas que recibieron mis padres antes de viajar a Soria, mi padre compró un revólver y las suficientes balas para defenderse. La verdad es que muy poco era lo que podría hacer ante profesionales del crimen, como eran los pistoleros de derechas, si tiraba como cuando íbamos a probar el revólver a Punta Herminia: no atinaba ni una sola vez en el blanco.

La primera noticia que tuve de que se habían sublevado en Africa los militares fue en la verbena de la calle del Orzán, en la que me encontraba con unos amigos, cuando fuimos sorprendidos por la llegada de un numeroso grupo de obreros, al frente de los cuales venía Eustaquio Cañas, quien nos dio la noticia y paró el baile diciendo que no estaban los tiempos como para divertirse.

Eustaquio Cañas era hijo de Don Luciano, profesor de piano y ciego de nacimiento, que venía a visitarnos con frecuencia, pues conocía a mi padre y compartía con él ideas liberales desde que ambos eran muy niños, pues D. Luciano había sido alumno en la escuela que, para niños ciegos, regentaba el padrino de mi padre, sacerdote que se apellidaba Salgado.

Eustaquio fue, según me contaron luego, la primera víctima de los militares en

La Coruña. Era socialista y le vi por última vez el día en que se sublevaron en nuestra ciudad. Incluso se llevó los gemelos de campaña pertenecientes a mi abuelo paterno, el coronel de infantería Vicente Alvajar y Ostaned, que yo le regalé porque le hicieron mucha ilusión, aun a sabiendas de que no iban a servirle para nada en la lucha callejera.

Pero volvamos a Casares Quiroga, para mí y para muchos españoles, el gran responsable de lo ocurrido en España entre julio del año 36 y finales de marzo del 39.

Juan-Simeón Vidarte, diputado socialista y miembro del Comité Ejecutivo del partido, en su libro "Todos fuimos culpables" de casi 1.000 páginas, relata las innumerables entrevistas que mantuvieron con Casares destacados miembros del Partido Socialista y militares republicanos para darle cuenta de lo que se tramaba en los cuarteles, a lo que Casares contestaba que ya lo sabía, que estaba enterado, pero que no era para tanto. No puedo por menos que recoger textualmente el texto de Juan-Simeón Vidarte, referente a una de esas entrevistas. Dice así:

"... Casares nos recibió en el salón del ministerio, de buen talante, cordial, afectuoso. Empecé yo por exponerle el caso de mi primo y la promesa que nos había hecho su antecesor y las continuas visitas que al cuartel de la Montaña y a otros estaba realizando periódicamente el general Orgaz.

Casares: -¿Ustedes no saben que el general Orgaz no tiene mando?

Prieto: -Pero lo tienen los jefes y oficiales con los que está conspirando en los cuarteles.

Casares: -Todo eso que ustedes me cuentan y mucho más lo sabe el gobierno, y lo que yo quiero es que se echen a la calle de una vez para yugular la rebelión. Esta vez no vamos a quedarnos en una expropiación de bienes, como cuando la sublevación del general Sanjurjo.

A medida que hablaba Casares, se iba exaltando y sus ojos, vidriosos, parecían querer saltársele de las órbitas.

-¿Cómo se llama su primo y en qué regimiento está?

-Es el capitán José Castelló del Olmo, un notable arabista que hizo posible la conquista de Xauen sin disparar un tiro. Sirvió en un regimiento de infantería del cuartel de la Montaña. Tiene orden de salir en el expreso de Sevilla mañana por la noche.

Casares seguía tomando notas.

Prieto: -Supongo que estará usted bien enterado de lo que ocurre en el aeródromo de Cuatro Vientos y en otros varios de la península.

Casares: -Cuentos de Núñez de Prado. Lo que es intolerable es que los jefes de la UMRA crean que porque son republicanos van a mandar en el ejército y en el ministro. Le repito, estoy mejor enterado que ustedes de todo lo que pasa en los cuartos de banderas de toda la península.

Prieto: -¿Y también de lo que pasa en África? Me consta que cuanto ha venido a prevenirle el general Barrón de la situación del ejército de Marruecos es totalmente cierto. Lo mismo Martínez Barrio que nosotros hemos recibido confidencias de Ceuta, Tetuán y Melilla y se nos dice que el gobierno no tiene allí un amigo, salvo los altos mandos y algún jefe suelto que serían las primeras víctimas de la sublevación. Hasta ahora le dimos tiempo a Azaña para que exigiese las responsabilidades por la represión de Asturias sin llegar a la interpelación, pero nuestra Minoría no aguanta más. Sabemos que el coronel Yagüe, lejos de ser castigado, se le manda de nuevo a su destino aun sabiendo que pertenece a Falange Española que ustedes colocaron, afortunadamente, fuera de la ley y detuvieron a sus dirigentes. ¿Por qué esa tolerancia con el mayor asesino de la represión de Asturias?

Prieto, que había estado hablando serenamente, con voz pausada y palabras medidas, pronunció la palabra "asesino", rojo y apretando los puños. Casares no pudo contener su rabia.

-Mire, Prieto, si usted no pudo o no quiso gobernar, tenga al menos la consideración de dejarnos gobernar a los demás. No estoy dispuesto a que nadie me marque el camino a seguir. Si no están conformes con mi política derríbenme ahí dentro, pero no estoy dispuesto a soportar las exaltaciones de su menopausia: se lo digo en serio.

Vi en los ojos de Prieto la mirada de un felino dispuesto a lanzarse sobre su presa, pero se contuvo y haciendo alarde de su buen humor le respondió:

-¿A qué edad cree el señor presidente que empieza la menopausia?, porque yo creo que es diferente según las personas... Usted nos dice que estemos tranquilos, pero la conspiración está a la vista. Usted nos dice que está más enterado que nosotros y lo creo porque tiene usted fuentes de información de que nosotros carecemos. Seguramente sabrá usted que el coronel Yagüe,

al salir de hablar con usted, se fue al local de Falange Española y que uno de los jefes de la sublevación militar, el coronel Rementería, jefe del Campamento, es íntimo de algunos de sus más leales colaboradores. Usted nos dice que estemos tranquilos. Nosotros no somos tres diputados que hemos venido a quitarle el tiempo sino tres miembros de la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista y si estamos apoyando al gobierno tenemos derecho a saber en qué funda el gobierno su confianza, qué medidas tiene adoptadas, qué precauciones...

Casares interrumpió con inusitada violencia.

-El gobierno no tiene que dar cuenta de sus actos y si no les gusta como gobernamos, derríbenme ahí dentro y no trayéndome cuentos de portería y procurando sembrar mi desconfianza en gentes a las que necesito y a las que considero leales a la República.

Prieto dijo: -Que Santa Lucía le conserve la vista.

Masculló unas palabras entre dientes y salió del despacho sin dar la mano a Casares. Tras él salió Cordero. Cuando me disponía a seguirles me agarró Casares de un brazo y me retuvo.

-Mire, Vidarte, yo estimo mucho a Prieto, pero ni a él ni a nadie le soporto impertinencias. Para mí vale mucho la opinión del Partido Socialista, pero cuando tengan ustedes algo que decirme que no venga Prieto. Será mejor para todos.

Cuando salí del despacho del ministro estaba esperándome en el pasillo Prieto y Cordero.

-¿Qué le quería a usted ese mequetrefe? -me preguntó Prieto-. No saben ustedes el esfuerzo que he tenido que hacer para no darle dos hostias.

-Lo supongo. Es un hombre que no puede con la carga que lleva encima. Me ha retenido para decirme que le estima a usted mucho y que siente lo que ha ocurrido; que procure calmarle a usted, pero... que sería mejor evitar escenas semejantes. "Si no será usted quien gobierne y no él."

Prieto terminó: -Que esté tranquilo. No volveré a hablarle en la puta vida."

Lo que antecede bastará al lector para darse perfecta cuenta de que Casares estaba informado de lo que se preparaba en los cuarteles, pero creía que iba a acabar con los militares sublevados en menos de veinticuatro horas y anotarse así el triunfo y que toda España viese en él al Salvador de la República. Por ello no hacía ningún caso de las advertencias de

los militares republicanos que le aseguraban que en esta ocasión no pasaría como en el intento fallido del General Sanjurjo.

Años más tarde, en París, mi hermana Amparo que, como dije trabajaba en los Servicios Secretos del Gobierno, me contó que varios meses después de comenzada la guerra, fue a ver a Casares para preguntarle qué quería que hiciese con las copias de los informes que le pasaban a él como Presidente del Gobierno, dándole cuenta detallada de lo que se tramaba en los cuarteles, con los nombres y grados respectivos, de los conspiradores. La contestación de Casares a mi hermana fue la siguiente: Amparito, por favor, haz desaparecer esos papeles que demuestran mi culpabilidad.

Luego, ya empezada la sublevación, envió a la muerte al General Núñez de Prado, a pesar de que el propio General le advirtió que nada más llegar a Zaragoza le fusilarían, porque allí estaba bien consolidado Cabanellas. Le rogó que le enviara, en cambio, a Sevilla, ciudad en la que aun se combatía y en la que podía ser muy útil.

Después, se negó rotundamente a que se armara el pueblo y dio órdenes en tal sentido a los Gobernadores Civiles.

En La Coruña, las noches del 17, 18 y 19 de Julio de 1936, los buques de pesca hicieron sonar sus sirenas para congregarse al pueblo coruñés que a gritos pedía armas ante el Gobierno Civil, que en esas fechas estaba en el edificio del Teatro Rosalía de Castro. El pobre del Gobernador Pérez Carballo pagó con su vida la obediencia a Casares y con él su esposa embarazada desde hacía varios meses, y cientos y cientos de coruñeses que no habían cometido más delito que el de ser fieles a sus ideales.

De Casares Quiroga me contaba mi padre que en vísperas de la sublevación de los capitanes Galán y García Hernández en Jaca en el mes de diciem-

bre de 1930, los componentes del Comité Revolucionario, es decir, los firmantes del Pacto de San Sebastián, mandaron a Casares con el encargo de que les dijera a los capitanes que ellos consideraban prematuro el alzamiento, por lo que aconsejaban, u ordenaban, que lo aplazaran.

Casares llegó a Jaca, se instaló en un hotel, se echó a dormir y, a la mañana siguiente lo despertaron los ruidos de los soldados sublevados que iban con la intención de llegar a Huesca.

En vista de todo lo dicho me creo ya la frase que se le atribuye y que le hizo tristemente célebre: "Si los militares se levantan, yo me acuesto."

Al parecer y según viejos republicanos que conocí en París, pronunció estas palabras cuando le informaron de que los militares de Africa se habían levantado en armas contra la República.

Unos días después se fue a la Sierra del Guadarrama a combatir contra las tropas rebeldes hasta que se dio cuenta de que peligraba su vida, más que por el enemigo por los propios milicianos que lo miraban con malos ojos y con la intención de pegarle un tiro por la espalda en la primera ocasión que se presentara.

Pero vuelvo a mi vida y digo que me fui a pasar quince días a Teixeiro, como medida de precaución, en donde estaba veraneando un compañero de trabajo de mi padre llamado Fernando Seijo.

Al regreso a La Coruña paró el autobús en la Cuesta de la Sal y allí pude ver los seis cadáveres de los que se llamaron luego "paseados". Eran, naturalmente, gentes de izquierdas a las que los falangistas iban a sacar de sus casas para matarlos en cualquier carretera solitaria. Yo presencié como sacaban de su casa a un joven vecino cuyo único delito era el de estar afiliado a las juventudes socia-

listas. Vivían en la casa de enfrente a la nuestra, en la calle de Panaderas. Vinieron a buscarle en un automóvil y le dijeron que tenía que acompañarles, que bajara inmediatamente y a las hermanas y hermanos y al padre del chico les aseguraron que a éste no iba a pasarle nada. Recuerdo que una de las hermanas le dio, cuando estaban a punto de meterle en el coche, un pañuelo. Al día siguiente apareció muerto en una cuneta de no recuerdo qué carretera. Era uno de los hijos del dueño de un bar que estaba en la misma calle y que se llamaba "La Ribeña".

Cuando me llegó la hora de examinarme de las cuatro asignaturas que me quedaban del mes de junio, el bueno del Dr. Cuñarro, viejo socialista que vivía en el primer piso de nuestra casa, me decía que debía llevar en la solapa un botón con los colores rebeldes, cosa usual en aquellos momentos en los que, unos pocos por convicción y muchos por miedo, lo llevaban. Le dije que no, que yo no había hecho daño a nadie, que no tenía nada que perder y que, por lo tanto, iría a examinarme sin nada en la solapa.

Me encontré con un tribunal examinador ya depurado, porque faltaban en él don Angel Blázquez, profesor de Geografía e Historia, don Eumenio Rodríguez, profesor de Francés y don Fidel, profesor de Latín. El único profesor que quedaba en el tribunal de los que habían dado clase durante el curso era D. Rafael Pérez Gómez, el profesor de Lengua y Literatura, compañero de mi madre cuando ésta estudiaba el bachillerato. Dicen que fue la primera mujer de La Coruña que se hizo bachiller. Además tocaba estupendamente el piano, cantaba y pintaba muy bien.

Pero volvamos al tribunal. Los profesores que faltaban habían sido expulsados de sus funciones y en su lugar habían puesto para Latín al sacerdote coruñés Sánchez Mosquera; para Francés a Don

Vicente, el auxiliar de D. Eumenio, y para Geografía e Historia a un desconocido, porque la auxiliar de la asignatura, Adela Fernández Gago, se encontraba haciendo exámenes para cátedra en Madrid, por lo tanto en zona republicana.

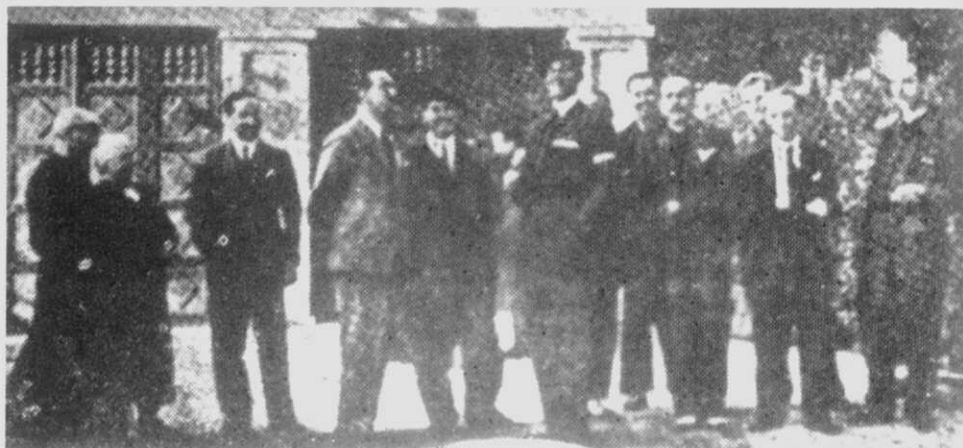
Yo iba bien preparado y, en consecuencia y a pesar de todos estos inconvenientes, aprobé las cuatro asignaturas y con ello terminaron mis estudios oficiales porque, debido a la carencia de recursos económicos, no pude seguir estudiando oficialmente. Lo compensé estudiando por mi cuenta y, sobre todo, leyendo mucho.

De mi vida después del Movimiento hablaré en un próximo trabajo.

Quiero, para terminar, contestar a unas afirmaciones del Sr. Luca de Tena que leí hace unos días en La Voz de Galicia y en las que afirmaba que uno de los méritos de D. Juan de Borbón había sido el de que, durante la Guerra Civil Española, no había tomado partido por ninguno de los bandos en liza.



Don Juan de Borbón con la boina de requeté, el yugo y las flechas en el pecho y en el brazo el brazal con los colores de los rebeldes.



Juan de Borbón, el « Pretendiente », vestido de Falangista con Yanguas Messía, el Conde de Vallellano y otros sublevados castrenses, eclesiásticos y seculares el día 1º de Agosto de 1937, cuando pretendía incorporarse al ejército rebelde, después de decir a su amigo Bonmati : " ¿ No te decía yo que aquí no había más solución que echarse a la calle y acabar a tiros con ellos ?" Y "ellos" éramos los republicanos.

Le recuerdo al Sr. Luca de Tena que D. Juan de Borbón cruzó la frontera por Dancharinea el 1 de Agosto de 1937, con la pretensión de incorporarse al ejército rebelde. Venía con su boina roja de requeté (carlista) luciendo en el pecho el Yugo y las Flechas de la Falange y en el brazo izquierdo el brazalete con los colores de la bandera monárquica, tal como aparece en las fotos que figuran aquí.

Lo que pensaba hacer sólo él lo sabe, pero no contaba Don Juan con la ambi-

ción de poder que tenía el General Franco, quien, creyendo que la presencia del pretendiente podía estorbarle en su proyecto de convertirse en dictador, le ordenó que abandonara España con el pretexto de que su vida era tan preciada para el país que no podía exponerla.

Si este hecho de Don Juan no es una prueba de que sí tomó partido por uno de los bandos que luchaban en la Guerra Civil, como vulgarmente se dice: ¡Qué venga Dios y lo vea! ♦